

Fugitivo de uno mismo

Jose R. Torrejón



Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1

Miro profusamente a través de mi ventana, y tras observar todo aquel espectáculo, la cerré. No quise mirar la belleza que me podía mostrar la blanca llanura que cubría la hierba, tan siquiera los abrigos que se hallaban en torno a los árboles. No quería observar nada. No estoy de humor, quizá sea por la envidia que me produce el simple otear a la belleza fortuita de la naturaleza, como si de un lindo lienzo se tratase, del artista más incomprendido del mundo. Como sea, no quería ver más allá del suelo, para no descubrir en aquel horizonte la basura que tapaba el resto de la naturaleza que podría haber vislumbrado.

Callo por un instante mis pensamientos...

Pero me es imposible al volver a ver mi postura sentada en una silla de ruedas y de plástico, blanca, de esas incómodas que con el tiempo hallas mil posturas diferentes para saciar esa incomodidad con más incomodidad. Frente a ella, mi escritorio de madera, pequeño, pero eficaz, total, sobre él sólo tenía un pequeño portátil y dos cuadernos en los que anotaba todo aquello que quisiera contarle al mundo, o quizá, a mí mismo. Al fin y al cabo, no existe aquí más que esto. A mi izquierda, una gran ventana por la cual acababa de visualizar mi envidiado paisaje, aquel que por mucho que saliera a por él, el tiempo me lo acabaría arrebatando pues así de cruel es conmigo, y no mentiría si dijera que a veces le escucho -sí, a su figura, al Tiempo en persona-, y me amenaza con castigarme, susurrándome que, por mi envidia, por mis pensamientos a gritos, diciéndome cosas como "esta noche prepárate, porque me llevas molestando desde que me miraste, así que, sólo por haberme incomodado, pienso congelar el tiempo para ti e irme, así has de sufrir con pensamientos de los que no podrás salir" y se marcha, despacito, por la ventana, como si de una hoja de apuntes se tratara, se va, lejos de mí, y lo agradezco. Me respeta en mi soledad tan inusitada. O quizá, como

tiempo es, la ve y se marcha en silencio simplemente, porque teme a la belleza que ella posee y de la cual yo carezco. Qué triste me siento y que tan afortunada es la soledad.

De repente, me levanto y me impulsa algo a sentarme en mi cama, que está detrás de la silla, y me siento, mirando el reflejo de la luz que entra por la ventana y que se proyecta en mi armario como si de una dulce bailarina se tratara, vestida de blanco, bailando entre sombras y deslizándose como si viento fuera. Eso observé y contemplé durante infinidad de tiempo. Como siempre, pasa el tiempo y yo sin contarle, dada a la gravedad del asunto, en realidad, no me importaba. Ansiaba dormirme y cerrar los ojos. Cerrar los ojos y no ver nada. No ver nada para recurrir a mis sueños. Recurrir a mis sueños para evadirme de esta sucia realidad que hoy sacia mis ganas de no existir. Y digo hoy dado que ya no recuerdo el día en el que me introduje en este laberinto sin salidas en el que el principio es la única entrada y, a pesar de todo, ya estoy más lejos de éste, como si mis pasos en vano hubieran hecho retroceder, como si las leyes de las matemáticas no existieran y estos más restasen, como si inconscientemente hubiera ido más atrás de lo imaginable, siendo en realidad este laberinto mi vida y yo, que ya estoy perdido, buscase algo en la nada, en este espacio que ya va más allá de mi vida, de mi nacimiento, y no sé dónde estoy.

Inconscientemente he cerrado los ojos.

Otra vez.

Me duele a mi pesar, pero no quiero sumergirme en mis pensamientos, ni tampoco salir hacia la realidad.

Vuelvo mi vista hacia la hermosa silueta que sigue bailando (como si de una vida se tratase) en el escenario de mi armario marrón caoba, como si se deslizara, como si no tocasen realmente el armario, por su grandiosa ligereza.

Me levanto y me acerco.

Con miedo

Con incertidumbre

Con miedo a la belleza

-en toda su elegancia-

Y como un suspiro,

me estremezco.

Una vez frente al armario me paralizó. La veo tambaleándose con su gracioso movimiento. Quieto y sin pensar, impulsado por los sentimientos más tiernos que uno pueda tener dentro suyo, me agacho, como si me fuera a arrodillar. Bajo mi mano hacia los pies de la silueta de la que me he enamorado, como si fueran un nuevo escenario en el que pudiera bailar, y tan pronto como realizo la acción, noto sus suaves pies bailar, saltar, vivir, de una manera tan profunda e intensa, que noto un cosquilleo recorrer mi cuerpo. Hacía mucho que no lo notaba. Y tarareo una melodía inventada. Tarareo y observo, observo, observo...

Uno

Dos

Tres

...

He vuelto a cerrar los ojos. Y cae la noche, y con ella, voy yo. Se cierne la oscuridad sobre mi rostro y ya no noto su baile. Ha desaparecido, todo ha desaparecido. Ahora toca enfrentarme a lo desconocido, a la noche y esa belleza extraña.

Capítulo 2

Capítulo 2

Veo su rostro. Lo contemplo. Se ha quedado dormido. Benot se ha quedado dormido y casi puedo escuchar sus pensamientos, pero, a su vez, me hallo asombrada por permanecer su mano quieta, haciendo de este modo mi escenario. Congelada durante unos minutos contemplé toda su belleza. Y es que, siempre me he parado a observar como duerme la gente, tan frágil, tan pequeña, tan dulce, tan serena, con una característica tan repetitiva en todos y sin embargo con rasgos tan encantadoramente distintos. Era, simplemente, la belleza del ser humano que, cuando duerme se transforma así de nuevo en su tierna niñez e inocencia. Y yo, no hago nada más que escrutar esos pequeños detalles.

Sin embargo, esta vez era todo distinto, lo sentía, ya que, desde un primer momento, escuchaba sus pensamientos. Él yacía en el suelo, tumbado de una manera graciosa y a su vez tediosa, pareciera que al día siguiente, o al cabo de unas horas, cuando decidiera despertar, se encontrase con un brazo totalmente dormido y molesto que le dolería durante todo un día. Así pues, podéis imaginaros que postura más cómoda ha hallado dentro de la incomodidad y torpeza misma, fruto de su inconsciencia. Me excitaba la idea de escuchar su pequeña voz murmurando, por lo que decidí analizar e intenté memorizar todo aquello que de su boca salía. Tenía una extraña idea sobre la belleza, le oí murmurar algo como "Frágil es el invierno, como yo soy, frágil... Qué asco damos. Si quizá nos partiera un rayo... incluso el artista más incomprendido comprendería nuestro destino...". Pobre. Yo me oí contestar, algo, en voz baja, como si estuviera cantando, impulsada por la belleza que transmitían sus párpados caídos tras una intensa guerra por verme bailar, pareciendo yo la legión más honorable que hubiera podido existir y él el pequeño batallón suicida que, cansado de tantas muertes injustas, de una guerra tan sin sentido que ellos mismos han empezado desafiándome, se rindieran y esperasen la noche con dulzura mientras observan a una legión formidable luchando por la libertad y la paz. Y como en todas las guerras, siempre uno de los dos acaba por ser el más perjudicado. He aquí la muestra de Benot disfrutando de su descanso.

Me sosiego tras verle dormir plácidamente y tras escuchar unos tantos testimonios de odios a los inviernos y a la blancura, y la belleza que su gris cielo trae consigo, y, como si le comprendiera, me alzo. Me levanto en sus manos y, suavemente, para que no capte mis movimientos, bajo, despacito. Como si se tratase de la grandilocuencia de una hoja que ha conseguido sobrevivir a un amargo otoño, y con la llegada del invierno y tras los daños causados por el anterior, cae, pero no con fuerza. No

arrastrada por la brutalidad del aire. No, todo lo contrario, el invierno pareciera que se apiada hasta de las hojas solitarias que todo lo han perdido, y las bajan con la mayor sencillez del mundo, además, la mayor delicadeza, la sujeta, como sus manos fueran nubes de algodón, y vuela, vuela muy muy lejos, viendo la delicadeza del mundo, viajando así pues, a través del viento de un invierno precioso. La diferencia yacía en que no había viento en esta habitación y además de que yo no podría captar la belleza de todo un mundo, pero sí la de un sólo individuo.

Así pues, me deslizo y consigo agarrarme a su dedo índice, para que, con la ayuda de éste, caer en el frío suelo en el cual él reposa. Y me acerco, poco a poco, con mucho sigilo. Llego a sus mofletes y freno. Freno justo delante de ellos. Los noto. Le noto respirar. Me invade una tensión enorme.

Recapacito.

No es fácil.

Lo hago.

Lucho.

Ya.

Me sereno de nuevo y me decido tocarle. Y se siente caliente y frío. una contradicción en todo su esplendor, pero no penséis que lo que siento es algo templado. Su piel está caliente pero noto la frialdad de su cuerpo. Como le ha invadido la tenue soledad. No, no es sólo eso. Uno de los efectos secundarios de la soledad es pensar, y en su cierta mayoría, el ser humano no está preparado para pensar. Les haría mucho daño. Una reflexión a la que nunca han estado preparados o esos pensamientos fúnebres que, sin más, un día cuando estás solo, acompañado de tu sombra, o mejor dicho, de la soledad, que viene a ser lo mismo, ya que, aunque ésta no se vea en la sombra, sigue estando ahí, contigo, inseparable (y esto es algo de lo que no mucha gente es consciente), e invadiéndote, como si fuera un anfitrión más (o el que, simplemente mejor te conoce), se permite el lujo de pensar y de hablar de manera pacífica contigo, y sin saberlo, plantea alguna que otra pregunta que tú no serías capaz de efectuar sin su presencia. Así de importante es; como si te invadiera algún pensamiento al que no estás preparado para asimilar, te invade de la manera más humana que se haya podido contemplar. A todos les ha pasado alguna vez y yo, siendo observadora de esta catástrofe, he visto gente que simplemente nunca va a estar preparada para enfrentarse a la crueldad. Bueno, lo que ellos pintan como cruel, realmente es lo más humano que puedan tener en la cabeza. Quizá el ser humano no está preparado para sus propios mecanismos. El ser humano es una máquina que, a diferencia del resto de especies, presentan una

serie de defectos de los cuales no son capaces de reparar siendo conscientes de estos, ya que prefieren vivir la mentira y mirar hacia otro lado antes que ser propiamente humano.

Generalmente se es humano desde pequeño, pero se va perdiendo con el tiempo.

Es triste.

Yo noté en Benot todo el amor y el calor de un ser humano que sufrió mucho antaño. Lo he abrazado casi de manera inconsciente y siento su calor. Pero también noto un cierto miedo, no a una realidad dolorosa, él lo ha afrontado desde hace mucho tiempo. Tiene miedo al propio ser humano, lo que le ha llevado a esta lamentable situación. Me compadezco. Sigo abrazada a él. No quiero desprenderme. Me gusta lo que siento. Noto la armonía. Es extraño localizar esta armonía. Nunca la he visto tan de cerca. No, peor aún, nunca la he visto, por eso me he acercado a él y le he abrazado. Porque me he sentido atraída y necesitada por su arriesgada susceptibilidad tan humana. Todo lo que había escuchado hasta el momento eran mentiras, como si la humanidad fuera una mentira creada por el mismo ser humano para creerse feliz y empático, viviendo una mentira propia porque en realidad, entre la censura, la poca importancia que se le da a las cosas, la ignorancia, la contra evolución, la incultura y el hecho de no respetar el arte ni ver más allá de su propio ombligo hacia del ser humano un ser que no era capaz de ver más que su propia mentira y creérsela con toda la convención del mundo, como si fuera habitual aceptar dichas mentiras cotidianas. A saber que más cosas aceptaban con tal facilidad. El ser humano me abrumba al fin y al cabo, nos diferencian tantas cosas... Que me es imposible enumerarlas.

De todos modos, no quiero soltarme. No ahora. No me lo arrebatéis de nuevo.

Es mío y llevo tiempo buscándolo.

Tú, mi incomprendido, yo la musa a la que observas durante horas.

Tú, mi ser, yo, tu personaje.

Tú, mi necesitado. Yo, quien te va ayudar.

No temas. Estoy aquí. Estoy por fin y a tiempo. No quiero perder a este tesoro que he encontrado fruto del azar.

Estoy decidida, no te voy a perder.

Pasan los segundos, el tiempo con su extenso saber, pasa, y nos da su privacidad, ocultándonos del resto, paralizando este aquí y ahora.

Ya no pasa el tiempo.

Ya no sé dónde estoy, pero te sigo sintiendo.

Te siento a pesar de ver todo de un color más negruzco. Te siento...